

Domingo 5º. ordinario Ciclo A

CADA DIA UN GRANO PON, Y PRONTO SERÁ UN MONTÓN.



¿De donde sacaba Jesús esas palabras tuyas y esos ejemplos que siguen iluminando a nuestro mundo después de veinte siglos de que fueron pronunciadas? Sin duda alguna fueron fruto de la sabiduría de su pueblo y de su propia familia. Hoy usa Cristo dos elementos básicos en la vida de los hombres, la sal y la luz. Yo me imagino a Cristo que cuando niño veía con asombro que su madre mezclaba unos cuantos granos de sal en la comida y sabía sabroso y alcanzaba para todos los que tocaran a su puerta. Y Cristo dice hoy: “ustedes son la sal de la tierra”, ustedes tienen que alegrar a este mundo que da tantas señales de tristeza y de desilusión. Ahí está el papel de los cristianos.

Y hoy Cristo nos dice: “ustedes son la luz del mundo”, recordando a su madre que cada tarde ponía un poco de aceite en la lámpara, bajo cuya luz podían tomar tranquilamente los alimentos de la noche, podían orar al Buen Padre Dios y ahí mismo podían comentar los pequeños acontecimientos del día. Pero la palabra de Cristo no puede quedarse en palabras, tiene que iluminar con su luz divina a nuestro mundo, siendo nosotros los portadores de esa luz. En esta ocasión, el mejor comentario lo hace el Profeta Isaías, y a él me acojo para dar mi palabra humilde a todos mis lectores. Atendamos:

ESTO DICE EL SEÑOR, COMPARTE TU PAN CON EL HAMBRIENTO, ABRE TU CASA AL POBRE SIN TECHO, VISTE AL DESNUDO, Y NO DES LA ESPALDA A TU PROPIO HERMANO.

Esto sería el plan de acción en nuestro mundo, compartir lo nuestro, abrir las puertas del corazón y también nuestro propio bolsillo, vestir a tantos hermanos a los que el mundo les ha negado todo, y, sobre todo, cuando llegue la comodidad a tu casa, no desconozcas a los que fueron tu sostén durante muchos años, los padres y los hermanos que no tuvieron las oportunidades que tú.

ENTONCES SURGIRÁ TU LUZ COMO LA AURORA, Y CICATRIZARÁN DE PRISA TUS HERIDAS, TE ABRIRÁ CAMINO LA JUSTICIA Y LA GLORIA DEL SEÑOR CERRARÁ TU MARCHA.

ENTONCES CLAMARÁS AL SEÑOR Y ÉL TE RESPONDERÁ. LO LLAMARÁS Y ÉL TE DIRÁ: AQUÍ ESTOY.

¡Hay tantas heridas que nosotros tenemos que sanar! Tantos rencores que nos agobian, tanta maldad que nos rodea, tantos crímenes que nos horrorizan, que a veces nos preguntamos a dónde volver es nuestra mirada y ahí está la palabra: “aquí estoy, dice el Señor”, no me has invocado, caminaba a tu lado y volteabas tu mirada a otro lado, nunca te he abandonado, siempre he estado contigo. Caminemos juntos porque nos espera la casa de nuestro buen Padre Dios.

CUANDO RENUNCIES A OPRIMIR A LOS DEMÁS, Y DESTIERRES DE TI EL GESTO AMENAZADOR Y LA PALABRA OFENSIVA, CUANDO COMPARTAS TU PAN CON EL HAMBRIENTO Y SACIES LA NECESIDAD DEL HUMILLADO, BRILLARÁ TU LUZ EN LA TINIEBLAS Y TU OSCURIDAD SERÁ COMO EL MEDIODÍA.

El profeta no quita el dedo del renglón, renunciar a la opresión, a pagar salarios de muerte, a tener a la mujer como en los viejos tiempos, como la olla de rancho, tiznada y boca abajo, sin poderse librar del marido celoso y a veces hasta golpeador. Desterrar la amenaza, si no te prestas a mi antojo, le diré a mis amigos que eres una cualquiera, ni no accedes a mi petición, me retiraré para siempre de tu presencia, y aunque me ruegues, no volveré a ti. La palabra ofensiva, palabras que hemos corrompido hasta hacerlas como de poca monta: “guey” que no precisamente buey, son tan de uso común pero que no nos asombra para nada, una palabra que ahora comienza a pronunciarse cada vez más a los que van a nuestro lado: “perro”. Increíble, ¿Verdad? Aplicado a un ser humano, pero esa es nuestra realidad. Desterremos ese lenguaje. Compartir el pan con el hambriento, no podemos sacar esa palabra del corazón, que nos invita a salir de nuestro egoísmo para encontrarnos con tantas necesidades que no podremos satisfacer oportunamente en toda su intensidad, pero sí podemos compadecernos de los más cercanos, de la anciana y viuda sin sostén, del mongolito o del que padece síndrome de Down que sus padres tienen ocultos en la más profundo de la casa. Sólo de esta manera lograremos hacernos acreedores a la promesa del profeta Isaías, así

haremos que nuestra luz brille ante todos los hombres y haremos que nuestra oscuridad se torne en un vivo y soleado día.

Tu amigo el P. Alberto Ramírez Mozqueda que te invita a compartir el mensaje del Señor.